

LO SAGRADO EN LA POESÍA

Martín Agustín de Nava Martínez*

La poesía de hoy, de ayer, de todos los tiempos, intenta acercar al hombre a lo sagrado. Lo sagrado entendido no como religión: “La religión es la administración de lo sagrado”,¹ ni como divinidad sino como opuesto a lo profano; como dice Heidegger:

... la *sacralidad* no es en absoluto la propiedad tomada en préstamo de un dios ya establecido en firme. Lo sagrado no es sagrado por ser divino, sino que lo divino es divino porque a su modo es *sagrado*.²

Lo profano sería aquello que consideramos, o percibimos, como nuestra realidad cotidiana, como nuestro mundo terrenal, el de todos los días, en el cual desarrollamos nuestra vida humana. Mientras que lo sagrado se nos muestra como una *realidad* subjetiva sobre la que descansa el espíritu; es un sentimiento de respeto que nos coloca fuera y más allá de la razón.

* Candidato a doctor en humanidades y artes por la Unidad Académica de Estudios de las Humanidades y Artes de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Maestro en letras españolas por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León; licenciado en letras españolas y en ciencias de la comunicación por la misma UANL. Instructor de lengua inglesa por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. Actualmente es maestro de tiempo completo y jefe del Departamento Editorial de la Escuela Preparatoria No. 9 de la UANL.

¹ Caillouis, Roger, *El hombre y lo sagrado*, p. 12.

² Heidegger, Martin, *Interpretaciones sobre la poesía de Hölderlin*, p. 81.

En este sentido Heidegger distingue tres elementos vitales: los hombres, los poetas y los dioses. Los hombres desarrollan su ser dentro de la realidad incierta de su humanidad (lo profano), los poetas son el medio o canal que comunica a los hombres con los dioses, y a los dioses se les confiere la propiedad superior de lo sagrado, es decir, lo sagrado está por encima de los propios dioses y es una propiedad estable o efímera a ciertas cosas (los instrumentos de culto), a ciertos seres (el rey, el sacerdote, los dioses), a ciertos lugares (el templo, la iglesia, el sagrario), a determinados tiempos (el domingo, el día de Pascua), el de Navidad, la Semana Santa, etc.). No existe nada que no pueda convertirse en sede de lo sagrado, revistiendo, así, a los ojos del individuo o de la colectividad, un prestigio inigualable. Lo sagrado es, entonces, algo superior al hombre (aunque él sea quien conceda esta propiedad), a los dioses y a los poetas, quienes tienen la capacidad de aproximarse a ella para mostrársela a los hombres y acercarnos a los dioses. Heidegger considera lo sagrado como la esencia de la Naturaleza, que es superior a los hombres, poetas y dioses.

El objeto, o el ser, a quien se le confiere la propiedad de lo sagrado cambia radicalmente. La relación con estos objetos, o seres, ya no es igual e incluso despiertan sentimientos de temor y veneración; el contacto con ellos se vuelve peligroso. Es por ello que el hombre requiere de mediadores entre lo sagrado y ellos. Si el hombre ha otorgado una propiedad sagrada a los dioses, entonces, requiere forzosamente de un mediador entre él, ellos y lo sagrado mismo; ese mediador será el poeta.

El poeta se expresa a través de la poesía la que, a su vez, crea sus obras en el dominio del lenguaje. El lenguaje es un bien que el hombre posee pero también es el bien más peligroso, al respecto Heidegger dice que:

Es el peligro de todos los peligros porque es lo que empieza a crear la posibilidad de un peligro. Peligro es la amenaza de ser mediante lo que es.³

³ Heidegger, Martín, *Op. cit.*, p. 58.

El lenguaje es peligroso para el hombre porque implica la pérdida del ser, porque a través del lenguaje se fundan, se crean, otras realidades en las que el hombre puede perder su propia realidad, su propio ser. Pero el lenguaje (la palabra) no entraña sólo un peligro para el hombre sino para sí mismo, puesto que el lenguaje, al crear mundos (realidades) alternos, por medio de las imágenes, pone en riesgo el verdadero decir. Y sólo donde existe el lenguaje hay mundo, ya que el ser hombre se funda por medio de la palabra, de ahí que el lenguaje sea *el peligro de todos los peligros*.

Lo sagrado se aproxima al hombre a través de la poesía creada por el poeta. La poesía es fundación por medio de la palabra y en la palabra misma. Como dice María Zambrano:

La palabra define, capta o da la forma; revela la plasticidad del universo. En la palabra se encierra, se contiene una inteligencia que tiende a hacerse lo más parecido a cosa; un sentido en busca de su forma. La palabra descende.⁴

La palabra descende desde lo sagrado a los dioses, se *hace cuerpo* gracias a los poetas y llega, finalmente, a los hombres. La poesía se convierte, así, en el nombrar fundador de los dioses, de las cosas, del mundo en general y del propio ser.

Esta fundación surge de una suprema necesidad que se cumple al poetizar: El decir del poeta es la interpretación de lo sagrado para comunicarlo a los hombres que habitan lo profano. De acuerdo con Octavio Paz:

...el universo es un texto o tejido de signos [...] El mundo es un poema; a su vez, el poema es un mundo de ritmos y símbolos.⁵

Al poetizar, el poeta funda una realidad, un mundo, pero esa realidad no aparece de manera mágica o misteriosa sino que es una interpretación de lo que el poeta ve en lo sagrado. El poeta está

⁴ Zambrano, María, *El hombre y lo divino*, p. 85.

⁵ Paz, Octavio, *Los hijos del limo/Vuelta*, p. 97.

entre las señales de lo sagrado, los dioses, y los hombres, por lo que es un ser arrojado; fuera de los hombres y los dioses, está siempre entre ellos dos percibiendo lo sagrado para hacer posible la fundación del mundo y del ser. Como dice Martin Buber:

La sustancia humana se funde al contacto del fuego espiritual que la visita y surge entonces de ella una palabra, una afirmación humana en su significado y su forma, concepción humana y discurso humano...⁶

El lenguaje, la palabra, puede ser visto como una manifestación de lo sagrado y de la vida espiritual humana, en este sentido, lenguaje significaría el principio encaminado a la comunicación de contenidos sagrados y espirituales y, puesto que el lenguaje es la base y el medio de la expresión poética (poetizar), el poema sería la construcción objetiva y real de lo sagrado en lo profano, sería el medio de traer a la realidad cotidiana la *realidad* subjetiva sobre la que descansa el espíritu.

Toda comunicación de lo sagrado y de lo espiritual es lenguaje. Sin embargo, la realidad del lenguaje no es exclusiva de la expresión espiritual o sagrada del hombre, aunque sea el poseedor, en muchos sentidos, de la palabra, sino a todas las cosas y seres de nuestra realidad. No existe un sólo fenómeno o cosa en la naturaleza animada o inanimada que no participe de alguna forma de la lengua, pues ésta es esencial para que cada fenómeno, o ser, comunique su propio contenido espiritual. Al respecto Walter Benjamin sustenta:

... es una noción plenamente objetiva la de que no podemos concebir nada que no comunique en la expresión su esencia espiritual, el mayor o menor grado de conciencia con el que se logra aparentemente (o realmente) esta comunicación no modifica en nada el hecho de que no podemos representarnos en ninguna cosa una completa ausencia del lenguaje. Un ser que estuviese enteramente sin relaciones con la lengua es una idea; pero esta idea no puede resultar fecunda ni siquiera en el ámbito de las ideas que definen, en su contorno, la de Dios.⁷

⁶ Buber, Martin, *Eclipse de Dios*, p. 22.

⁷ Benjamin, Walter, *Ensayos escogidos*, p. 89.

Las cosas y los seres existen cuando son nombrados (fundados), cuando nos comunican, a través de las palabras, su esencia espiritual; esencia que, a su vez, nos aproxima a lo sagrado. El encargado de nombrar es el poeta, es el medio de unión entre los hombres (realidad objetiva) y los espíritus o dioses (realidad subjetiva), es el responsable de inyectar la energía sagrada a las dos realidades. Para asegurar el orden de una nueva estabilidad es necesaria una refundación, una nueva creación, un acto positivo que restaure la realidad y la sociedad.

Esta es la misión elemental y primaria del poeta, quien al nombrar un objeto, un ser, lo está evocando, lo obliga a aparecer y a presentarse en el mundo de los hombres. Como dice James Taylor:

Esa es la razón por la cual el centro de gravedad se desplaza hacia las palabras en gran parte de la poesía moderna. Las raíces de la poesía se adentran en los usos invocativos del lenguaje; aquellos por los que causamos algo, o hacemos que algo se haga presente por lo que decimos. Éstos han desempeñado un importante papel en la vida religiosa desde los tiempos más remotos, hasta el recitar el Corán o el decir misa. Pero también existen en la vida laica, en expresiones preformativas o en las formas más banales; como cuando abrimos una conversación.⁸

Lo que se comunica en la lengua no es tan sólo la palabra misma sino la esencia espiritual del ser espiritual. Aquello que en un ser espiritual es comunicables es aquello en lo cual se comunica, es decir, la lengua es el medio a través del que se realiza la comunicación espiritual y esta comunicación espiritual conlleva la esencia lingüística del hombre: nombrar las cosas. Función que, como ya mencionamos, realiza plenamente el poeta.

A través del nombre el ser espiritual del hombre se comunica con lo sagrado. Lo sagrado y la creación de Dios, o de los dioses, se complementan cuando las cosas reciben su nombre del hombre y más cuando quien los nombra no es un simple hombre sino un poeta.

⁸Taylor, James, *Fuentes del Yo. La construcción de la identidad moderna*, p. 516.

Los dioses se revelan en lo sagrado y a los hombres cuando son nombrados. Aquí lo sagrado, y los dioses, se apoyan en el poeta y sobre la lengua para ser revelados. La palabra es por lo tanto la que se crea y la que se realiza.

El poeta es el receptor de lo sagrado y al otorgar el nombre para lo innominado traduce, o transfiere, las cosas a la lengua de los hombres. Este concepto de traducción o transferencia adquiere su significado pleno cuando se comprende que la palabra poética puede ser considerada como la traducción de las señales que el poeta capta respecto de lo sagrado y respecto a las cosas de la realidad cotidiana. Walter Benjamin dice al respecto que:

La traducción es la transposición de una lengua a otra mediante una continuidad de transformaciones.⁹

Esta traducción de las señales enviadas por lo sagrado y por las cosas del mundo real a la lengua de los hombres no es simplemente la traducción de lo mudo a lo sonoro sino que es la traducción de todo lo que no tiene nombre a lo nombrado, es decir, se hace existente.

A través del nombrar el poeta funda, crea, y a la vez proporciona conocimiento. Conocimiento de lo sagrado, de los dioses y de la realidad misma. Walter Benjamin agrega:

Pero la objetividad de esta traducción tiene su garantía en Dios. Puesto que Dios ha creado las cosas, el verbo creador en ellas es el germen del nombre que las conoce, así como Dios al final llamó por nombre a cada cosa, una vez que hubieron sido creadas.¹⁰

Los dioses asignan a los poetas la tarea de nombrarlos a ellos mismos y a todas las cosas. Los poetas perciben la lengua muda y sin nombre de las cosas y las traducen para fundarlas y hacerlas ser. El mismo Benjamin dice:

⁹ Benjamin, Walter, *Op. cit.*, p. 98.

¹⁰ *Ibid.*

Esta tarea sería insoluble si la lengua de nombres del hombre y aquella sin nombre de las cosas no estuviesen emparentadas en Dios, emitidas por el mismo verbo creador, que se ha convertido en las cosas en comunicación de la materia en mágica afinidad, y en el hombre en lengua del conocer y del nombre en espíritu bienaventurado.¹¹

El *verbo creador* sería una fuerza superior, incluso, al mismo Dios y no puede ser otra cosa que lo sagrado que el poeta logra captar y traducir a palabras.

Palabras que son el medio por el cual se comunica el ser espiritual de todas las cosas. Esta comunicación fluye desde la naturaleza, cuya esencia es lo sagrado (de acuerdo con Heidegger), llega a los dioses, el poeta la traduce en palabras y llega hasta los hombres. Los dioses se comunican con los hombres a través de los poetas que nombran las cosas de la naturaleza, de acuerdo con las señales que recibe de ella; porque la misma naturaleza se encuentra atravesada por una lengua muda y sin nombre que se ha conservado en los poetas como nombre conocedor y, sobre el hombre, como la sentencia de un juicio. Esta lengua muda de la naturaleza se puede comparar con una consigna sea la esencia espiritual de cada una de ellas. El lenguaje poético sería la traducción de esta lengua emitida a través de las consignas secretas.

El contacto constante del poeta con la naturaleza, y por consecuencia con lo sagrado, provoca que éstos se encuentren insertos el uno en el otro. Como dice Heidegger:

Esa inserción sitúa a los poetas en el rasgo básico de su esencia. Tal situación es la educación. Ésta acuña el destino de los poetas.¹²

Puesto que la naturaleza y el poeta están ligados irresistiblemente, el poeta nunca está solo y se mantiene en la pertenencia a la naturaleza a través del presentimiento. Este don del presentimiento hace que el poeta pertenezca, y corresponda, a la naturaleza, aunque no todos los poetas se corresponden con la naturaleza, únicamente

¹¹ Benjamin, Walter, *Op. cit.*, p. 98.

¹² Heidegger, Martin, *Op.cit.*, p. 76.

persisten con ella aquellos que *están bajo un propicio tempero*.

La palabra del poeta que presiente, aguarda y conjetura inserto en la naturaleza, establece la comunicación entre los hombres, los dioses y lo sagrado; el nombrar poético obliga al poeta a decir, a manifestar lo sagrado. Heidegger opina al respecto que:

El despertar de la luz iluminadora, sin embargo, es el más silencioso de todos los acontecimientos. Pero como se nombra, más aún, como incluso exige la denominación, el despertar de “la Naturaleza” viene en el resonar de la palabra poetizadora. En la palabra se desvela el ser de la no-encia. Y al separarlas, la palabra decide su lucha. La palabra es arma.¹³

Las palabras son los *sagrarios* que preservan lo sagrado.

Los rasgos espirituales de las cosas se despliegan en lo real, para que esto ocurra deben comunicarse los hombres con los dioses, y, ambos, relacionarse con el mundo real. La naturaleza, valiéndose de los poetas, es la mediadora y la que hace posible estas relaciones entre todo lo real. La naturaleza (lo sagrado) siempre será el origen, lo inicial, el principio, es la *firme ley*.

Los poetas son los que tienen conocimiento de lo sagrado y es la naturaleza misma la que se abre a ellos para mostrarles su esencia, es así como la naturaleza enseña a los poetas a presentir, a ver en el presente, el pasado y el futuro: a abolir el tiempo. Es en esta abolición del tiempo en donde el poeta puede plasmar en signos, en palabras, lo sagrado; y de esta manera fundar una nueva realidad. Realidad que reafirma lo prístino de la naturaleza. El poeta y lo sagrado se pertenecen, pero también pertenece al mundo, ya que los poetas no están sin mundo. Lo sagrado está siempre en el poeta, pero para poder comunicar lo sagrado a los hombres, debe permanecer entregado y en contacto con el mundo real.

La fuerza proviene de lo sagrado, no de los dioses, ya que los dioses son gracias a esa fuerza que crea y mantiene con vida a los dioses, a los poetas y a los hombres. La fuerza de lo sagrado se

¹³ Heidegger, Martin, *Op. cit.*, p. 80.

encuentra en la naturaleza pero los hombres la han profanado para utilizarla y someterla, por lo que ella, les ha ocultado lo sagrado. Sólo los poetas que le pertenecen podrán revelarlo.

Lo sagrado no es un atributo que poseen las cosas porque sí. Es anterior a las cosas, es una fuente de vida que surge de un fondo de misterio; es la realidad oculta, escondida. Realidad que los poetas intentan fundar en el mundo de los hombres, en la realidad cotidiana, en lo profano. María Zambrano dice que:

Lo sagrado y lo profano son las dos especies de realidad: una es incierta, contradictoria, múltiple realidad inmediata con la cual la vida humana tiene que “habérselas”, el lugar de su lucha y de su dominio, al par. El orbe sagrado es donde se decidirá esta lucha. Y así, la realidad toda, “las circunstancias” en su totalidad, se configuran en un centro y en una periferia. El centro es el lugar de lo sagrado...¹⁴

Entre el hombre y lo sagrado siempre se han interpuesto las imágenes. Esas imágenes son los dioses, *el Dios desconocido*. El poeta, al nombrar las cosas y a los dioses mismos, se convierte en un autor responsable, en un semidiós de *los mismos seres* y de su angustia.

La creación de los dioses y su revelación a través de la palabra poética es indispensable, porque es la poesía la que primero se acerca a ese mundo oculto de lo sagrado. El verdadero poeta asumirá así su función de nombrar y revelar a los dioses, para luego, desentrañar lo sagrado y acercarlo a los hombres. El poeta ofrecerá su propio ser para nombrar lo, hasta entonces, innombrable; para descubrir todo lo que se esconde en el silencio a través de la palabra que intentará mostrar la realidad de lo sagrado. El poeta logra, como dice Zambrano:

... vencer por la visión esa oscura resistencia de lo sagrado, desentrañar dentro de ella la pura esencia que siendo hace que cada cosa sea; descubrir al final al ser que hacer ser.¹⁵

¹⁴ Zambrano, María, *Op. cit.*, p. 42.

¹⁵ Zambrano, María, *Op. cit.*, p. 77.

En este proceso la naturaleza se hace presente; su presencia consiste en abrirse al poeta para mostrar su esencia: lo sagrado. El silencio se hace palabra y lo sagrado penetra, con suavidad, el alma del poeta, quien acaba por nombrarlo y por fundar la realidad de lo sagrado en el mundo de los hombres. La función de los dioses, o de sus imágenes, será la de motivar al poeta; ellos *encenderán* su alma para que ésta se acerque a lo sagrado. Ya que como dice Heidegger:

...por más que el alma del poeta cobije en sí la presencia de lo que viene, el poeta no es capaz de nombrar directamente lo Sagrado por sí mismo. El ardor de lo luminoso, abrigado en calma en el alma del poeta, requiere ser encendido. Sólo tiene fuerza para ello un rayo de luz, que a su vez es enviado por lo Sagrado mismo. Por eso debe haber alguien más alto, que esté más cerca de lo Sagrado, y en cierto modo todavía siempre bajo él, un dos para lanzar el rayo del encendimiento en el alma del poeta. Con eso el dios toma sobre sí aquello que está “por encima” de él, lo Sagrado, y lo lleva reunido en una sola acuidad y en el único golpe del único rayo, por el que es “encomendado” al hombre para obsequiarle.¹⁶

Lo sagrado llega al poeta, la palabra logra ser, se funda un nuevo mundo, una nueva realidad. La palabra muestra, así, la copertenencia de la naturaleza, lo sagrado, los dioses, el poeta y los hombres. La palabra reúne a todos los elementos y da testimonio de lo sagrado que es la fuerza coercitiva en torno a ellos. La presencia de lo sagrado permite que el poema, palabra o cántico poético, sea un auténtico y verdadero reflejo de él; a su vez permite sustraer a la naturaleza y a la realidad humana de su inevitable fin. Al recrearlas logra abolir el tiempo y las rejuvenece.

Lo sagrado y el mundo de los hombres, lo profano, se copertenecen, pero también se oponen. La realidad de lo sagrado corresponde a un mundo de energías y de fuerzas; mientras que la realidad de lo profano, a un mundo de sustancias y de cosas. La palabra logra reunir los contrapuestos. Recordemos que lo sagrado despierta sentimientos

¹⁶ Heidegger, Martin, *Op. cit.*, p. 88.

ambivalentes a los profanos hombres: le temen y lo quisieran utilizar, es prohibido y peligroso: esto hace que quieran aproximarse a él y poseerlo, a la vez que se le contempla a una distancia respetuosa. Como dice Roger Caillois:

En el fondo, lo sagrado suscita en el fiel exactamente los mismos sentimientos que el fuego en el niño: el mismo temor de quemarse, el mismo afán de encenderlo; idéntica emoción ante lo prohibido, igual creencia de que su conquista trae fuerza y prestigio —o herida y muerte en caso de derrota—. Y así como el fuego produce a la vez el bien y el mal, lo sagrado desarrolla una acción *fasta* o *nefasta* y recibe los calificativos opuestos de puro e impuro, de santo y sacrilego, que definen con sus límites propios las fronteras mismas de la extensión del mundo religioso.¹⁷

Esta ambivalencia de lo sagrado produce los buenos y malos espíritus, lo bueno y lo malo, lo puro y lo impuro. Lo puro atrae, es noble, provoca el respeto, el amor, el agradecimiento; lo impuro repele, es innoble, provoca la repugnancia, el odio, el horror y el miedo. El poeta para penetrar en lo sagrado deberá poseer un *corazón puro* en donde se reúnan el ser espiritual y verdadero del poeta con la esencia propia y original de la naturaleza, es decir, con lo sagrado mismo. Esta pureza del corazón se adquiere cuando el poeta se separa progresivamente del mundo profano; por eso es un ser arrojado, fuera de los hombres. Debe abandonar lo humano antes de ascender a lo divino a fin de poder penetrar sin peligro en el mundo sagrado, es indispensable que se purifique de todo lo profano para acercarse dignamente al mundo de los dioses. El poeta entra en sí mismo y examina las profundidades de que brota su vida; acepta sobre sí su destino y decide soportarlo con toda su carga y grandeza. Como dice Rainer Maria Rilke:

... el creador debe ser un mundo para sí mismo, y encontrarlo todo en sí y en la naturaleza a que se ha adherido.¹⁸

¹⁷ Caillois, Roger, *Op. cit.*, p. 32.

¹⁸ Rilke, Rainer Maria, *Cartas a un joven poeta*, p. 24.

Existe una íntima conexión entre lo puro y lo impuro, ambas son fuerzas susceptibles de ser utilizadas y en ellas concurre una zona neutra que las dos se disputan y de donde los hombres, por razones idénticas y con actitudes mentales contrarias, se esfuerzan por expulsarlas. Allí todo parece alternativamente puro e impuro, capaz de adquirir un sentido u otro, sin que sea posible asignarle una característica permanente, clara y única. Con este fin se recurre en las religiones al sacerdote y, en nuestro caso, al poeta para que él nos ayude a clarificar, dentro de nuestra realidad, aquello que es puro o impuro y, así, aproximarnos levemente a lo sagrado.

Las potencias que definen a lo puro son las que nos refuerzan, nos hacen sólidos y fuertes, vigorosos y sanos, estables y normales. Son todo lo que funda, mantiene o perfecciona un orden. En cambio, las potencias que definen a lo impuro nos disuelven, nos hacen efímeros y débiles, nos desalientan y enferman. Son todo lo que destruye y acaba con el orden. La pureza es la cohesión, la impureza, la disolución. Por eso el poeta debe tener un *corazón puro*, para buscar la pureza, para, así, fundar, en la palabra, el orden de la realidad humana.

Por lo tanto, lo sagrado se encuentra ligado de forma irremediable al orden del mundo: es su expresión inmediata y su consecuencia directa. Al respecto, Caillois sostiene que:

...la noción de lo sagrado conserva una individualidad bien señalada que le confiere una unidad incontestable, por muy diversas que aparezcan, desde la más primitiva a la más elaborada, las civilizaciones en las que se la constata, y por muy reducida que se presente su esfera de influencia en la existencia moderna. Continúa oponiendo *el camino, la verdad y la vida*, a las potencias que corrompen el ser en todos los sentidos del vocablo, que lo inducen a la desesperanza y lo destinan a la perdición; pero, al mismo tiempo, manifiesta la connivencia esencial frente a lo que conserva, lo que exalta y lo arruina.¹⁹

Cuando el poeta alcanza la pureza, el nombrar se le presenta

¹⁹ Caillois, Roger, *Op. cit.*, p. 59.

como una prerrogativa y lo coloca por encima de los hombres comunes y corrientes, pasa a ocupar el lugar que le corresponde: entre lo sagrado y los hombres. Ese nombrar, la palabra poetizadora que funda nuevas realidades, es una prerrogativa que le ha sido conferida por lo sagrado mismo. La palabra es la cristalización, el acontecer, de lo sagrado. La palabra desentraña lo sagrado que es el *corazón eterno* de todas las cosas, que está, como ya mencionamos, por encima de los dioses y de los hombres y que es más antiguo que los tiempos. Su permanecer es la eternidad de lo eterno. Sin embargo, la palabra amenaza arrebatarse a lo sagrado su inmediatez y abandonarlo, por el traslado a lo mediato, a lo irreal, a la aniquilación del ser.

El poema, hecho de palabras poetizadas, debe estar marcado por el hecho de que afectará a los hombres, ya que él los poetiza, a la vez que se acerca a lo sagrado, a la *realidad* verdadera. Un poema debe ser el poema de lo sagrado, del poeta y de los hombres. Como dice Heidegger:

Lo propio de su poema no lo ha inventado el poeta. Le ha sido asignado. Se acomoda a su determinación y sigue la vocación.²⁰

El poeta debe romper el silencio del lenguaje mudo de la naturaleza, para ello debe ser puro y, así, desentrañar, a través de las palabras, de la acción de nombrar: lo sagrado. De esta forma las palabras del poema son palabras sin un presente, sin un pasado y sin un futuro: son atemporales y, por lo tanto, eternas.

La función, y el deber, del poeta es nombrar el silencio; dejar aparecer lo no dicho en su decir, precisamente, este decir, que no es otra cosa que el poema mismo. Esta obligación le es impuesta por lo sagrado y el poeta la acepta y la asume con todas sus consecuencias.

Lo sagrado se manifiesta como una realidad de un orden totalmente diferente de las realidades *cotidianas*. La palabra del poeta logra expresar lo sagrado con términos tomados del ámbito cotidia-

²⁰ Heidegger, Martin, *Op. cit.*, p. 196.

no o de la vida espiritual profana del hombre. El lenguaje tiende a sugerir todo lo que rebasa la experiencia meramente terrenal del hombre. Como apunta Mircea Eliade:

El lenguaje puede expresar ingenuamente lo *tremendum*, o las *maiestas fascinas* [...] Se trata siempre del mismo acto misterioso: la manifestación de algo “completamente diferente”, de una realidad que no pertenece a nuestro mundo, en objetos que forman parte integrante de nuestro mundo *natural, profano*.²¹

Lo sagrado es una fuerza poderosa y, por lo tanto, es la *realidad* por excelencia; es realidad, perennidad y eficacia. Lo sagrado está saturado de ser.

De esta manera, las palabras son el medio que permiten al poeta fundar el mundo a través de imágenes. Así, cumple con su función de captar las señales de lo sagrado para hacerlas llegar a los hombres de la tierra. Estas palabras expresan la peligrosidad que ellas mismas encierran, porque las palabras mismas guardan la posibilidad de arriesgar el auténtico decir.

La poesía da testimonio de la copertenencia de lo sagrado, los dioses, los poetas y los hombres; todos ellos se necesitan, y esta necesidad se plasma en las palabras mismas de la creación poética.

El poeta debe poseer un corazón puro para alcanzar lo sagrado, y, de esta manera, desgarrar el tiempo para unirse en algo que permanezca.

La naturaleza y el poeta se encuentran íntimamente unidos. La esencia de la naturaleza es lo sagrado, y lo sagrado no es sagrado por ser divino. Lo espiritual aparece cuando los inmortales y los mortales se encuentran, es decir, cuando conservan, y, al hacerlo, lo espiritual acerca lo sagrado tanto a la divinidad como a los hombres.

Los poetas nombran las cosas y a los dioses mismos. Sin el poeta los dioses pierden su sentido, su ser, su medio de comunicación. Lo sagrado vive a través de las palabras del poeta. Éste es su servidor, su emisario. Como dice Rainer Maria Rilke:

²¹ Eliade, Mircea, *Lo sagrado y lo profano*, p. 14.

¿Qué vas a hacer, Señor, cuando me muera?
Tú cántaro soy yo (¿y cuando me rompa?)
Tu bebida soy yo (¿y cuando me vierta?)
Yo soy tu vestidura, soy tu oficio:
Conmigo pierdes tu sentido.

Después de mí no tienes casa donde
Te saluden palabras tibias, íntimas.
De tu cansado pie cae la pantufla
aliviadora, que soy yo.

Tu gran túnica se te queda atrás.
Tu mirada, que acojo en mi mejilla
tibia, como una almohada, largo tiempo
caminará en mi busca
y a la puesta del sol se dormirá
en el regazo de piedras extrañas.

¿Qué harás, Señor, entonces? Tengo miedo.”²²

Bibliografía

Benjamin, Walter, *Ensayos escogidos*, 1ª. ed., Ediciones Coyoacán, México, 1999.

Buber, Martín, *Eclipse de Dios*, 2ª. ed., Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

Caillois, Roger, *El hombre y lo sagrado*, 1ª. ed., Fondo de Cultura Económica, México, 1996.

Eliade, Mircea, *Lo sagrado y lo profano*, Editorial Paidós, Barcelona, 1998.

²² Rilke, Rainer Maria, *Versos de un joven poeta*, p. 46.

Heidegger, Martín, *Interpretaciones sobre la poesía de Hölderlin*, Ariel, Barcelona, 1983.

Paz, Octavio, *Lo hijos del limo/ Vuelta*, 1ª. ed., Planeta-De Agostini, Barcelona, 1985.

Rilke, Rainer Maria, *Cartas a un joven poeta*, 1ª. ed., Alianza Editorial, Madrid, 2001.

_____, *Versos de un joven poeta*, Grijalbo-Mandadori, Madrid, 1999.

Taylor, James, *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Editorial Paidós, Barcelona, 1996.

Zambrano, María, *El hombre y lo divino*, 2ª. ed., Fondo de Cultura Económica, México, 1993.